



CONFERENCIA GENERAL
Tercer Período de Sesiones

Palabras del Presidente del Tercer Período de Sesiones

Excmo. Sr. José Ricardo Martínez Cobo,

Representante del Ecuador

(Sesión de apertura)

Señores Delegados:

América Latina ha sido consagrada por decisión irrevocable de sus fundadores a la libertad, la justicia y a la paz. El Libertador Simón Bolívar viajó dos veces a Panamá, vértice maravilloso del trópico, en el que se dan la mano las dos Américas, no solamente para colocar las bases de la Organización Continental sino para hacer un dramático llamamiento a los pueblos recién nacidos a la vida independiente a fin de que desterraran toda posibilidad de agresión y de lucha interna, forjando un frente solidario que permitiera a las gentes vivir sin temor, sobresalto o lágrimas.

El Tratado de Tlatelolco no es pues solamente una vinculación impuesta por la espontánea necesidad de la supervivencia, sino que es el cabal cumplimiento del mandato de los artífices de nuestras nacionalidades. América Latina se ha caracterizado siempre por su prolongada y arraigada convicción pacifista, lógico era pues que en estos momentos en los que el ser humano colocado al filo de la angustia contempla cómo se pretende emplear los avances científicos para poner en peligro

la existencia misma de la especie, haya tratado de preservar la región de las vicisitudes que acarrea la energía nuclear aplicada a otros fines que no sean los estrictamente civiles.

El escepticismo que algunos abrigaron sobre el porvenir del Tratado y sus Protocolos va resultando cada vez más infundado. Desde el período anterior de la Conferencia la familia del OPANAL se ha aumentado con un nuevo miembro latinoamericano, y la actitud altamente positiva que han adoptado este último año los Gobiernos de los Estados ubicados en la zona de aplicación del Tratado, hace esperar fundadamente, que en fecha no muy lejana la totalidad de países se habrán afiliado al estatuto de desnuclearización militar.

El OPANAL, joven organización cuya Secretaría está dirigida con acierto admirable por un notable jurista y diplomático uruguayo, se ha convertido en pocos años en una institución internacional estable, real, de objetivos claros y de programa bien concebido. América Latina se hace oír cada vez más en los foros internacionales y ello se debe indudablemente a su unidad ejemplar, la que tiene raíces mucho más hondas que la simple vecindad geográfica. Nuestra organización, como expresión auténtica de esa solidaridad, ha puesto un hito importante en el camino de la integración política, cultural y económica, tan vehementemente anhelada por los inquietos estadistas modernos.

El panorama es extraordinariamente alentador en lo referente al Protocolo II. A los dos Estados poseedores de armas nucleares que ya habían adherido, ha venido a sumarse Francia y hoy mismo hemos tenido la satisfacción de ver cómo la República Popular China, en gesto amistoso que todos apreciamos, ha firmado este importante instrumento. Es de esperar que la Unión Soviética, esa gran nación a cuyo apoyo debe una

buena parte de su impulso la idea del establecimiento de zonas desnuclearizadas, dará pronto a los países latinoamericanos una muestra de buena voluntad, garantizándoles que respetará la decisión soberana de sus pueblos de librar de las armas nucleares a la región.

Pero no todo es equilibrio aquietador, el estallido de artefactos nucleares en el Pacífico Sur por parte del Estado que en etapas tenebrosas de la historia iluminó al mundo con el culto de la razón absoluta y de la fe en el predominio del espíritu ha producido una justificada alarma en millones de ciudadanos americanos. Apena y entristece pensar que la imagen armoniosa, heroica y límpida que desde niños nos formamos de la nación gestora de la revolución de las tres dimensiones, se haya oscurecido por un acto que inicia una nueva etapa sombría de sobresalto mundial y de desprecio a la comunidad internacional.

Deseo en esta grata oportunidad rendir mi homenaje de admiración al Ilustre Presidente de la Nación Mexicana que en su peregrinaje laico por tres Continentes fue el vocero eminente de los pueblos que se extienden entre el Río Grande y la Patagonia. A él, más que a nadie, se debe el hecho de que dos grandes potencias nucleares hayan adherido al Tratado. Es un privilegio singular y una suerte para el OPANAL tener su sede en este magnífico país del que todos nos sentimos orgullosos por la dignidad y el coraje con el que marca la frontera norte de nuestra manera de ser y de nuestra forma de pensar, y por el noble idealismo con el que alienta la unidad latinoamericana.

Señores Delegados: es esta mi primera actuación en el OPANAL, y vaya que he tenido fortuna, comienzo nada menos que presidiendo su órgano supremo, os agradezco profundamente por esta muestra de aprecio y de confianza al Ecuador y a mí personalmente. Me corresponde suceder a un distinguido colega,

el Embajador Alfonso Benavides Correa; será difícil competir con su impulso, su vigor y su dinamismo. Anhele contar con vuestra valiosa colaboración para poder dirigir los debates con la profunda fe que tengo en las nobles causas de los pueblos de igual origen y de similar destino.